

129

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Mario V. Ponisio

Administrador:

Eduardo S. Azaretto

Secretario de Redacción:

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio - Rómulo Bogliolo
José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry**

Año V

Septiembre de 1917

Núm. 51



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CHARCAS 1835

BUENOS AIRES

Ideas y comentarios

La situación internacional

El problema de la situación internacional de la república Argentina, en los momentos actuales, es tan grave y delicado que reclama el concurso de todas las opiniones para su solución.

La conflagración europea no es, como dicen algunos espíritus exaltados, una lucha de la barbarie contra la civilización, sino una espantosa carnicería entre dos grupos humanos — uno más acarnecido que otro — lanzados a la pelea por razones de toda índole pero, sobre todo, de orden económico que, largamente incubadas, apenas podían disimularse bajo el oropel de las palabras rimbombantes.

El desarrollo de la guerra ha demostrado, en más de una ocasión, que las hermosas teorías de la justicia y del derecho eran meras divagaciones líricas de cerebros calenturientos y quijotescos; sin embargo, no es posible admitir como regla, las ¡ay!, numerosas excepciones; precisa, por el contrario, repudiarlas y afirmarse con toda serenidad en la esperanza de un porvenir más lisonjero, basado en las fuerzas de la razón y no en las fuerzas de las bayonetas.

Pero, también debemos dar al lado práctico de las cosas, toda la importancia que merece, y a la lucha desenfrenada de egoísmos y de ambiciones, podemos oponer una actitud franca y leal que cohoneste nuestro interés con los principios de la más elemental y estricta justicia.

Por eso, la república Argentina no debe ponerse al lado de estos o de aquéllos, porque, ni los unos son responsables de los desplantes de una casta militarista que oprime los cerebros y los corazones con sus odiosas manoplas, ni los otros son los defensores *sin mácula* del derecho y de la justicia.

Seremos argentinos y con ese criterio, diremos al gobierno imperial de Alemania que no deseamos seguir siendo el juguete de su diplomacia aviesa y de sus diplomáticos sin escrúpulos y que, mientras la soberanía no repose en el pueblo, no podemos ser sus amigos; le advertiremos, por último, que a su brutal *spwlos versenkt*, opondremos el más absoluto respeto por los súbditos alemanes de buena voluntad que contribuyen con su esfuerzo al progreso nacional.

A renglón seguido, diremos a los defensores del derecho y de la justicia que, a pesar de sus famosas *listas negras*, les reconocemos cualidades y méritos que merecen todos nuestros respetos, pero que no estamos dispuestos a sacrificar en los campos de batalla a nuestras masas ciudadanas, criadas en la *salvaje* América, donde la vida humana ha dejado de ser algo que se amontona en los cuarteles para servir, en un

momento dado, las ambiciones mezquinas y torpes de pseudo estadistas y de pseudo patriotas.

En resumen, el interés bien entendido de nuestro país, determina la inmediata ruptura de relaciones con Alemania. Permanecer en el híbrido estado actual ni es justo ni es conveniente; en cuanto a lo de que la ruptura implica la guerra, convendría que quienes tal cosa dicen, reflexionasen un poco más detenidamente sobre el verdadero alcance y significado de esas palabras. — M. V. P.

**¿Librecambio
o aislamiento
económico?**

En otra oportunidad, comentando las conclusiones a que llegaban los economistas de las naciones aliadas reunidos en París, tuvimos ocasión de exponer brevemente nuestra opinión decididamente adversa a las pretensiones de quienes piensan regular las leyes de la economía con medidas que, lejos de mejorar las cosas, sólo vendrían a empeorar las condiciones de vida de los pueblos. Decíamos: "Vemos, pues, que la cuestión no se resuelve tan fácilmente y que, al pretender aniquilar al enemigo, se corre el peligro de lesionar los propios intereses, manteniendo un estado de tirantez que impedirá el libre juego de las fuerzas vitales de cada nación. Por otra parte, quedaría siempre un motivo de resentimiento, y no se alejaría por mucho tiempo el espectro de la guerra. Sólo una política comercial sana, inspirada en sólidos principios de libre intercambio de riquezas, evitaría que en el futuro se reproduzcan hecatombes como la que presenciamos y cuyas consecuencias sufrimos, puesto que el mundo forma hoy un conjunto de intereses solidarios donde todos necesitamos de todos y donde cada uno tiene una misión que llenar". Nos es grato constatar que estas ideas, no muy nuevas por cierto, tienen sostenedores entre los economistas de todas las clases sociales de los diversos países en guerra. Conocida es la fuerte oposición levantada en la librecambista Inglaterra al menor asomo de protección, deseada por los industriales cuyas empresas no podrían competir con ventaja y repudiada por los que sólo ven en ella, un medio para llegar a la elevación de precios, a la disminución de salarios y, por consiguiente, al malestar general de la población que no permitirá, seguramente, la rebaja del "standard of life" tan preciado por los obreros ingleses. Hoy debemos referirnos a una opinión que llega del campo contrario, opuesta también a todo aislamiento económico con los demás países del mundo.

El eminente profesor de economía política de Múnich, Lujo Brentano, en una conferencia pronunciada en la Freistudentenschaft, ha dado las razones que le asisten para fundamentar su adhesión a tales proyectos. Dice así: "Se diría que la presente guerra ha dado razón a aquellos que siempre han puesto de relieve el peligro que implicaba para la independencia de las naciones el hecho de que la economía de estas estuviera vinculada a la economía mundial. Y deseo afirmar, sin embargo, que ella ha demostrado lo contrario; ella ha hecho comprender a todo el mundo, desde los que están colocados en las más altas situaciones hasta los componentes de las más profundas clases del pueblo, la situación que resulta de una economía que se basta a sí misma". Si bien Alemania ha podido mantenerse aislada durante la guerra, no puede darse como ejemplo para sostener una tesis. ¿En qué condiciones.

se hallaba antes y en cuáles ahora? De la comparación saldría mal parada la doctrina y, aun cuando se pretendiera prolongar este estado de cosas, habría que preguntarse si restablecida la paz podrían mantenerse las condiciones dictadas en esos momentos excepcionales.

Reconoce, Brentano, a los factores económicos como determinantes en primer grado de la horrible conflagración europea, y ve en el proteccionismo absurdo la causa inmediata. "Ante todo, la historia nos enseña que los esfuerzos para hacer que la economía de un pueblo se baste a sí mismo han conducido a las guerras, y que es de la esencia de esos esfuerzos conducir a este resultado; así también esta vez son ellos los que han hecho lanzarse a casi todos los pueblos de Europa a luchar los unos contra los otros."

Haciéndose eco de voces que pedían altas tarifas protectoras de los imperios centrales, niega la posibilidad de modificar la situación, oponiendo a los aliados un acercamiento económico de Austria con Alemania. "Se ha predicado, aún para cuando la paz sea restablecida, el "boicot" a los productos de los adversarios actuales, como represalias patrióticas contra las iniquidades cometidas por el enemigo durante la guerra". De ambos bandos han partido iniciativas semejantes, defendidas, dice Brentano, "con los mismos tontos argumentos".

En lo que a la Argentina se refiere, es bueno que escarmentemos en cabeza ajena y tomemos para nosotros lo que se escribió para terceros. Los partidarios de la balanza de comercio habrán visto con satisfacción aumentar el saldo favorable en proporciones nunca sospechadas. Teóricamente, el país debería nadar en la abundancia, pues, el oro afluye, los bancos y la caja de conversión están repletos, no permitiéndose, además, la salida del metal amarillo. En fin, tenemos oro y con eso basta. Pero esa no es la realidad, y bien lo demuestra el economista que venimos comentando. "Se discurre todavía como si significara un perjuicio para un país lo que éste importa de otro; como si de ser fabricados en el interior del país fueran a ser economizados por él los millones correspondientes al valor de las mercaderías importadas. Se parte, pues, todavía del concepto de que sale dinero para el exterior por las mercaderías importadas, cuando ellas son, sin embargo, pagadas con otros productos propios, que se exportan, sean mercaderías o prestaciones de trabajo o importado por rentas de los capitales colocados en el extranjero. Se olvida que la importación no es otra cosa que el pago de las prestaciones que uno hace, consecuencia de la división internacional del trabajo, en virtud de la cual un país recibe más para su propia división del trabajo y utilización de capitales que si quisiera producir en el interior todo lo que le fuera necesario; y que para la economía de un país la ganancia no está en lo que se exporta sino en aquello que por lo exportado se recibe por importación". ¿Quiénes se oponen al librecambio? "Todas estas son verdades económicas elementales, pero son siempre sofocadas en las discusiones públicas por los intereses particulares de los que temen la concurrencia de productos fabricados en el extranjero, similares a los que ellos personalmente producen en el país." "Los interesados se expresan como si cada importación fuera una pérdida para la nación, y como si cada exportación, porque les trae personalmente ganancia, fuera también una ganancia para la economía nacional."

Las bases sobre las que deberán asentarse las condiciones de una paz duradera no son, evidentemente, la exclusión, el odio, la desconfianza, el aislamiento. El proteccionismo traería nuevas guerras. ¿Hemos, entonces, de reincidir en el error? ¿Sacarán los pueblos enseñanzas provechosas de los pasados males? Creemos que sí, porque hoy la humanidad entera ha sentido los sacudimientos de un cataclismo del que nadie ha quedado indemne. “Aunque muchos particulares han podido obtener beneficios económicos privados, desde el punto de vista de la economía nacional de todos los pueblos que han tomado parte en ella, la guerra solo ha producido destrucción de valores, por lo que, a su terminación corresponderá hacer todo lo posible para reparar lo no hecho y lo destruído, con el menor gasto posible, sin dejarse arrastrar por la oposición interna de los pueblos, aumentada por la guerra, a proponer como un deber patriótico, para cuando la paz sea restablecida, la exclusión de los odiados competidores del mercado interno y la extensión de la lucha al mercado mundial. Si esa tendencia mantiene su supremacía entre los pueblos combatientes, serán conducidos por ella a nuevas guerras”. Y termina con las siguientes palabras: “Como ya lo expuse más ampliamente en otra parte, el comercio exterior ha nacido como el hermano menor de la guerra. Miles de años ha permanecido intelectual y moralmente en el mismo estado que al tiempo de su origen. La ganancia de uno era considerada sólo posible a costa de una pérdida del otro, y la explotación de la otra parte contratante considerada como el propósito o el fin. Cuando la parte contratante no se avenía bienamente, el hermano menor con frecuencia llamaba en su ayuda al hermano mayor para hacerse dueño por la fuerza de su competidor mejor colocado. En el sistema mercantilista alcanzó esa doctrina y esa práctica el más alto grado del desarrollo. No ha sido sino consecuente con ella la famosa frase de Clausewitz: “La guerra no es otra cosa que la continuación de la política entre los estados, llevada a cabo por otros medios”. Frente a este concepto primitivo del comercio, que culminó en el mercantilismo, se encuentra el de que si el comercio prospera se benefician las dos partes contratantes. En él estriba el concepto del librecambio; y así como la organización con sistema de hostilidades termina en la guerra, así el librecambio cuya condición es la paz, conduce a la paz. Así ha sido siempre y no dejará de serlo en lo futuro, porque ello está en la naturaleza de las cosas”. Bellas frases que expresan no sólo una aspiración sino también la constatación de un hecho inducido de la interpretación económica de la historia. Los que creemos en el librecambio como factor de progreso y de paz estamos en buena compañía.

Cuando llegan hasta nosotros afirmaciones tan categóricas, hechas por autorizados economistas, en países que por el desarrollo técnico-industrial alcanzado podrían aspirar a encerrarse en nuevas murallas chinas, comprendemos de inmediato cuan perjudicial sería para la Argentina — y lo es en parte — embarcarse en una política comercial exclusivista que tuviera por finalidad bastarnos a nosotros mismos. No puede haber conveniencia en producir lo que otros obtendrían en mejores condiciones. Ello sólo es posible en países cuyas clases dirigentes atendieran preferentemente a la obtención de beneficios personales, sin querer comprender que un país es más grande y más fuerte cuanto mayor es el bienestar mensurable de sus habitantes. — R. B.

**La natalidad
en Francia**

Quando en 1907, la estadística hizo conocer que la población francesa había perdido 19.000 habitantes en el año, no faltó un profesor alemán que dijera: “¡Finis Galliae!” El país que encierra más féretros que cunas, ha llegado al principio del fin. Pobre Francia, “¡Finis Galliae!”. Debemos preguntarnos en presencia del ¡más féretros que cunas!: ¿Llegará el día en que Francia no exista? “Imposible parece, ha dicho Maurice Donnay, y, sin embargo, ello tal vez ocurra, aún después de la victoria, si los franceses persisten en no tener hijos, o, al menos, en no tener muchos”. Es necesario hacer una salvedad olvidada por Mr. Donnay, y es que las palabras más abajo expresadas se dirigen a los que pudiendo casarse no lo han hecho, y no a la inmensa falange de seres, impedidos por una situación económica, que la sociedad tiene interés en mantener, pues, según la feliz expresión de un escritor y diputado socialista, los pobres ni siquiera hacen fraude en el matrimonio.

En 1911, Mr. Heuntault hizo un cuadro demográfico de Francia en el que contaban 2.373.790 célibes, no obstante existir un excedente de 240.000 mujeres. ¡Imagináos cuántas habrá después de la guerra! “Etiológicamente el célibe, dice Mr. Donnay, es el individuo que prefiere estar solo; lo frecuente es, sin embargo, que por el contrario, prefiere no vivir con una sola mujer. Es, o un ciudadano que nació voluble, distraído, independiente, infiel, tímido, a quien arredran las complicaciones matrimoniales, que no existen en la unión libre y aventurada: en general, es un egoísta que no quiere cargar con el fardo de la vida, que no resiste el sacrificio por otros seres, mujer e hijos. Para moralistas, sociólogos y economistas, el célibe es, justamente, la bestia negra. Hay que perseguirlo hasta sus últimas trincheras y batirlo con el arma de un impuesto especial, hay que avergonzarlo, poniendo de relieve que el placer de vivir sólo es vituperable”.

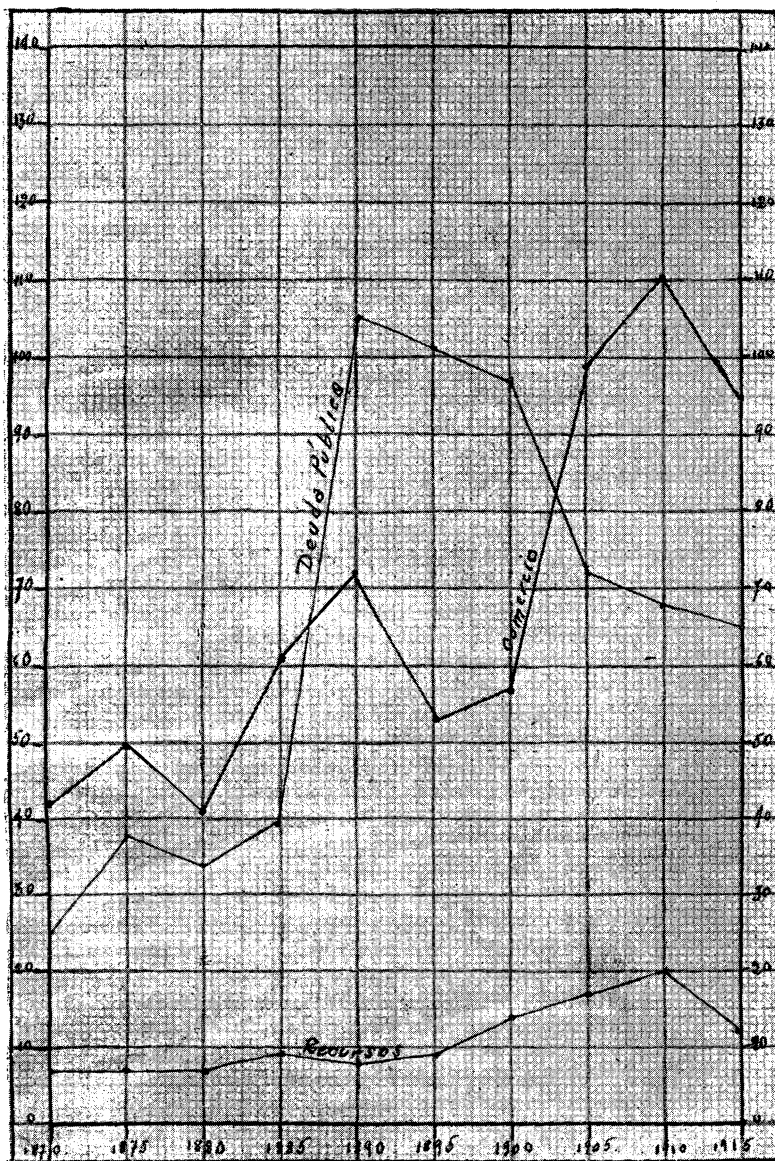
A los solteros, verdaderas nulidades, siguen los esposos sin hijos, que representan el egoísmo premeditado, exceptuando, se entiende, los casos de esterilidad involuntaria. Los que practican el malthusianismo integral y consciente, los “desertores del deber reproductor” que ven en los hijos un estorbo, eran en 1911, en Francia, 1.368.574 parejas, los que sumamos con los solterones. Vienen a renglón seguido los matrimonios con un solo hijo: 2.249.337, cuya conducta es un poco mejor. “Alguien dijo que la guerra actual, es el encuentro de los cinco hijos del Michel alemán, con el único hijo francés. Por querer mucho a un hijo, se resisten, la mayor parte de los matrimonios franceses, a tener más de uno”. Vienen, en seguida, 2.018.665 matrimonios con dos hijos, éstos casi realizan el desideratum, pues falta un hijo, porque mientras dos reemplazan al padre y a la madre, un tercero debe hacer frente a las muertes que sobrevienen antes de la pubertad. Hay cerca de tres millones de buenos matrimonios para la patria, y esto con reservas, si deducimos los estragos que produce en la infancia la miseria y las enfermedades propias de tal estado social que, a la postre, convierten en inútiles a los nuevos seres.

Ahora bien, la guerra dió en el suelo con las estadísticas. La verdad es que el consumo de hombres es inmenso a tal punto que pierde todo sentido la famosa frase de Napoleón al final de una gran batalla: “Una noche de París reemplazará todo esto”. Llegan a treinta y cuatro los

remedios propuestos desde la concesión de la legión de honor para la madre que alcance a tener doce hijos, hasta la reforma del sufragio, dando más de un voto al padre que tenga varios hijos. Pero se llega a la conclusión que no son satisfacciones morales los medios a emplearse: lo principal es educar corazones, perfeccionar espíritus, empezando por mejorar las condiciones materiales de la vida. Hagamos de todo hombre un ser que piense y que sienta, elevando la existencia humana al grado de no ver en él a un simple instrumento de trabajo y desaparecerán para siempre estas clases de preocupaciones. Libertemos a la humanidad de las trabas seculares que señalan el predominio de una clase y entraremos en la verdadera senda del progreso, guiados por los móviles más fuertes que le dan vida: el hambre y el amor. — R. B.

Representación gráfica de las cifras comerciales y financieras de la república Argentina, por habitante, en pesos oro sellado:

Año	Comercio	Renta	Deuda pública
1870	42.1	7.8	25.02
1875	50.7	7.9	38.3
1880	41.6	7.8	34.—
1885	61.1	9.2	39.3
1890	71.9	8.6	105.3
1895	54.3	9.6	101.6
1900	58.2	14.1	97.—
1905	99.8	17.1	72.6
1910	110.0	20.2	68.7
1915	95.7	12.3	65.5



M. E. G.